



De las naturalezas

por Ramón Seguel Vorphal 73/852

Ramón Seguel Vorphal, nació en Pucón en 1954. Ha sido ganador de diversas menciones en concursos de cuentos del país. Se autodefine como ser humano "standard", con algunas anomalías, como ejemplar solitario aficcionado a escribir y leer en forma compulsiva, desde Ortega y Gasset hasta el Pato Donald... y buscar, buscar, buscar y buscarse. Actualmente reside en Arica.

Existen ideas usuales sobre psicología de ambos sexos y se enumeran discrepancias radicales. Se trata de dos instintos contrarios: en el hombre —dice Ortega— hay un instinto de expansión, de manifestación. El hombre vive, por decirlo así, "hacia afuera", a la vista de los demás, de aquí su alán de confesión, de mostrar y mostrarse a los demás. El alma masculina vive proyectada preferentemente hacia obras colectivas: ciencias, arte, política, negocios. Y, es cierto, esto hace de nosotros naturalezas un poco teatrales, actores de nosotros mismos. Pero también, lo mejor, lo más propio e individual de nuestra persona lo regalamos al público a los seres innominados que leen nuestros escritos, aplauden nuestros versos, nos votan en las elecciones o compran nuestros servicios o mercancías. El escritor representa la forma extrema de esta impudoridad al ser más íntimo con el público que con su más íntimo amigo.

La mujer, en cambio, tiene una actitud más señorial ante la existencia. Hay en la mujer, un instinto de ocultación, de encubrimiento: su alma vive como de espaldas a lo exterior, ocultando la íntima fermentación pasional. Los gestos de pudor no son sino la forma simbólica de ese recato espiritual. No es el cuerpo, en rigor, lo que le importa defender de las miradas masculinas, sino aquellas ideas y senti-

mientos suyos referentes a las intenciones del hombre con respecto a su cuerpo.

Comparada con el hombre, toda mujer es un poco princesa: vive de sí misma y, por ello, vive para sí misma. Al público presenta sólo una máscara convencional, impersonal. Y ella misma adopta una actitud de público en cuanto parece ser ella la que aprueba o desaprueba al hombre que se aproxima, la que entre muchos otros lo selecciona y escoge. De modo que el hombre, al verse elegido, se siente premiado.

Esta posesión de una vida propia, aparte y secreta, este señorío de su morada interior donde no se deja circular al prójimo es una de las superioridades de la mujer sobre el hombre. En ello consiste la "distinción" nativa, original de la mujer, ese tenue, místico resorte que pone una distancia entre ella y nosotros. A esto obedece que la amistad entre las mujeres sea menos íntima que entre los hombres. Diríase que poseen una conciencia más clara de donde comienza su vida propia e incommunicable y donde acaba la del prójimo.

Suele olvidar el hombre esa condición, por esencia latente, de la personalidad femenina, y por eso su trato con la mujer va de sorpresa en sorpresa.

De pronto una tarde, cualquiera, pasa el hombre, por medio de un muy poco conocido movi-

miento anímico: el "encantamiento", por supuesto mutuo, a una relación individual con la mujer. Iniciar un flirt es invitar a un aparte entre los dos, a una comunicación espiritual latente, secreta. Comienza, por lo mismo, con un gesto, una palabra que niega y como retira la máscara convencional, la personalidad aparente de la mujer, y llama a la puerta de aquella otra personalidad más íntima. Entonces, como la luna que sale de entre las nubes, empieza la mujer recóndita a irradiar su encubierta vitalidad y va renunciando ante aquel hombre a su fisonomía ficticia. Ese momento de nudificación espiritual, ese breve periodo que dura la conversión de la mujer aparente e impersonal en la mujer verdadera e individual —fenómeno que puede ser comparado a la revelación de una placa fotográfica— rinde el máximo deleite de alma. Y esos dos instintos opuestos, en un mágico revuelo de cuerpos y emociones se elevan juntos hacia parajes de excelsas vivencias, con alas recién desplegadas, el hombre orienta su atención, antes vagabunda, hacia la flor que se le ofrece, perfumada, núcleo de femineidad. Pierde, así, el hombre su visión periférica, quedando inmunizado a otras insinuaciones de almas de mujer... Y esto, al cabo, es lo que llaman, amor.

[Variaciones sobre un Ensayo de Ortega y Gasset]

De las naturalezas. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De las naturalezas. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile